

Aysén: expectativas que ya no esperan

Cada nuevo periodo legislativo renueva una promesa que en Aysén se escucha hace años: esta vez sí. Esta vez los representantes van a empujar con más fuerza, a poner los temas de la región en el centro y a traducir demandas históricas en decisiones concretas. Dos senadores y tres diputados vuelven a asumir con ese mandato sobre los hombros. El problema es que la paciencia regional no se renueva al mismo ritmo que los cargos.

La lista de urgencias es conocida y no admite más diagnósticos. El alza sostenida de los combustibles volvió a instalar una tensión que en Aysén es estructural, no coyuntural. Aquí el costo de trasladarse no es un dato más: define acceso a trabajo, educación, salud y abastecimiento. Cada peso extra en el combustible amplía la distancia con el resto del país. Y, sin embargo, las soluciones siguen llegando tarde o a medias.

Los parlamentarios han comprometido gestiones. Es lo esperable. Pero en Aysén el estándar ya no puede ser "gestionar". La vara está más alta: incidir, incomodar si es necesario, y lograr resultados medibles. Porque mientras en Santiago se discuten equilibrios fiscales o prioridades sectoriales, en la región la vida cotidiana se encarece sin red de protección suficiente.

El combustible es solo la punta del problema. Debajo está la conectividad, que sigue siendo frágil y desigual. No se trata solo de caminos o frecuencias de transporte, sino de integración real. Hay localidades donde salir o llegar sigue dependiendo del clima, de subsidios inestables o de decisiones administrativas que se toman lejos. Esa incertidumbre no es compatible con una vida digna.

Lo mismo ocurre con la salud. El acceso a prestaciones especializadas continúa siendo una carrera cuesta arriba. Traslados largos, listas de espera, derivaciones que implican costos económicos y emocionales. En la práctica, enfermarse en Aysén sigue siendo más caro y más complejo que en otras regiones. Y eso no es una fatalidad geográfica, es una brecha que la política no ha logrado cerrar.

La calidad de vida, en un sentido amplio, también entra en esta ecuación. Vivienda, servicios básicos, oportunidades laborales. Son temas que suelen abordarse por separado, pero en territorios como Aysén se entrelazan. Cuando uno falla, los demás se resienten. Y esa mirada integral todavía no se traduce con fuerza en la agenda legislativa.

Aquí aparece el punto de fondo: la representación. Ser parlamentario por Aysén no es solo ocupar un escaño, es asumir una desigualdad territorial persistente y actuar en consecuencia. No basta con acompañar proyectos del Ejecutivo o sumarse a debates nacionales si eso no tiene un correlato claro en la región. La pregunta que empieza a instalarse es simple y directa: ¿para qué sirve tener cinco parlamentarios si los problemas estructurales siguen prácticamente intactos?

Mover la aguja, como se suele decir, implica algo más que presencia mediática o declaraciones. Supone coordinación entre los propios legisladores, más allá de sus diferencias políticas. Supone también capacidad de priorizar: entender que hay temas que no pueden seguir esperando otro periodo más. Y, sobre todo, requiere voluntad de tensionar al nivel central cuando las respuestas no llegan.

Aysén no está pidiendo privilegios. Está exigiendo condiciones mínimas de equidad. Que vivir en la región no implique pagar más por todo ni acceder a menos por lo mismo. Que el discurso sobre descentralización deje de ser una consigna y se transforme en decisiones concretas que se sientan en el territorio.

El nuevo ciclo legislativo abre una oportunidad, pero también marca un límite. Las expectativas ya no se sostienen solo en la esperanza, sino en la urgencia. Si esta vez tampoco hay avances claros, la distancia entre la política y la vida real en Aysén seguirá creciendo.

Y esa es una brecha que ningún discurso alcanza a cubrir.